

Ferrara; el recibimiento fué más grande. Quedó el duque de Ferrara con la comunicación del señor duque determinado á hacer un colegio de la Compañía. De allí venimos á Florencia: dejó las demostraciones que el duque y la duquesa hicieron con Su Señoría. Quedaron también en voluntad de hacer una casa de la Compañía.

»De allí partimos para esta ciudad [Roma], y queriendo el señor duque entrar de noche, sin hacer sentimiento de su venida, topamos más allá de Viterbo un criado del cardenal de la Cueva, que escribía al señor duque, como ya se sabía en Roma su venida, que permitiese se le hiciese el recibimiento que convenía á su persona, porque esto se debía á la autoridad del emperador y á la de sus mayores; y que aunque viniera á pie con un bordón en la mano, se debía esto. Otros señores acudieron á nuestro Padre General, y fué bien menester que Su Paternidad escribiese al señor duque que recibiese esta mortificación con las pasadas, pues venía tan sin quererla, y tan importunado de tantos señores; y así, á dos ó tres leguas comenzaron á llegar muchos caballeros italianos y españoles; después salió el embajador con muchos señores y prelados. Dicen que no quedó cortesano alguno que no saliese allí. Cierta, parecía un ejército, y con todo él se vino á apearse á esta casa, antes tan perseguida y ahora tan estimada» (1).

Á la puerta de esta casa esperaban al duque San Ignacio y los demás Padres de Roma. Al apearse el peregrino, le saludó el P. Andrés Frusio (2), discreto humanista, con nueve dísticos latinos, en que le daba la bienvenida (3). Recibido este obsequio, entró Francisco en casa, donde fué hospedado con toda su servidumbre por San Ignacio. Señaláronse todos los aposentos de una parte de la casa, donde estuvo algo apartado de la comunidad, para poder recibir más libremente las visitas de la gente noble (4). El 28 de Octubre fué con mucho acompañamiento á besar el pie á Su Santidad. Recibióle Julio III con particular amor, y así el papa como toda la corte romana se mostraron muy edificados de la santidad de Francisco. Todas las personas distinguidas acudían á visitarle, y como dice el P. Tablares

(1) Cienfuegos, *Vida de San Francisco de Borja*, l. III, c. X.

(2) Conservamos la ortografía de este nombre tal como se ve en todas las cartas de nuestros antiguos Padres, y se ha generalizado en los libros impresos. El nombre verdadero era De Freux. Sommervogel, *Bibliothèque des écrivains de la C. de J.*

(3) Véanse estos dísticos en Cienfuegos, *Ibid.*

(4) Véase la carta del P. Polanco al P. Bautista Viola, en que refiere estas y otras muchas particularidades. (*Cartas de San Ignacio*, t. II, p. 534.)

en la carta arriba citada, «está cada día esta casa llena de caballeros y señores, que parece corte».

Unos tres meses y medio permaneció en Roma San Francisco de Borja, y fué el único tiempo de su vida en que pudo tratar de palabra con San Ignacio. Aunque las visitas y otros negocios le robasen bastante tiempo, no dejó de consagrar las mejores horas de su estancia en Roma á instruirse de boca de San Ignacio en la perfección religiosa. Fueron admirables los ejemplos de virtud que daba por entonces, no sólo á los seculares, sino también á los más eminentes religiosos. Véase lo que cuenta el P. Polanco en carta al P. Bautista Viola:

«Es grande la edificación que nos da [el duque] en casa con su profunda humildad y abnegación de sí mismo, y perfecta obediencia y reverencia á nuestro Padre. Es también ocasión el ver dónde ha llegado él y dónde muchos de nosotros. Sin embargo, no es notorio á todos, aun á los de nuestra casa, su propósito y profesión, ni se publicará hasta pasados algunos días; pero él no puede dejar de hacer algunos actos *ex abundantia cordis*, como la otra noche, que queriendo nuestro Padre, con algunos sacerdotes, cenar en su aposento, vino Su Excelencia con su hijo, que ha traído consigo (1), y es, en pocas palabras, como hijo de tal padre: vino, digo, con él y con algunos de los suyos, con delantales blancos, ceñidos por delante y sin gorras (birrette), y los sirvieron, empezando del agua de manos, y llevando después y quitando todos los platos, y dando de beber con distintas autoridades de la Escritura, con grande humildad, siempre en pie y descubiertos. Acabada la cena, querían ir al refitorio y cocina á lavar las escudillas; pero nuestro Padre, sospechando eso, había dado orden de que el Ministro con otros muchos se pusiesen en el corredor, cerrando el camino de manera que no pudiesen pasar, y así hubieron de volver al aposento del Padre, donde les hizo cenar. Á otros de fuera, máxime personas grandes y nobles, ha dado y da grande edificación con su modo de hablar muy eficaz de las cosas de Dios, y con su trato, en el que el Señor le ha dado gran talento, y más aún con el ejemplo.»

En la misma carta ponía Polanco estas otras noticias: «Ha sido necesaria grande instancia, y aun mandarle [al duque], para que se modere en los cilicios, disciplinas cotidianas de sangre, ayunos

(1) Don Juan de Borja, que andando el tiempo fué embajador de España en Alemania, y desempeñó otros cargos importantes.

continuos y todo género de penitencias; y sus oraciones y meditaciones tan continuas y fervorosas, que si se particularizasen, causarían grande admiración, y mucho más las verdaderas y sólidas virtudes de humildad, paciencia y caridad con los prójimos, y todas las otras virtudes que el Señor le ha dado» (1).

Á todo esto, la gran noticia de que el duque había entrado en la Compañía, se iba difundiendo con sigilosa admiración. Ignacio obsequiaba á los grandes amigos con descubrirles el secreto. Así, el 15 de Diciembre de 1550, escribiendo al cardenal de Lorena, le dice: «Aunque durante algunos meses se encubre por santos respetos ordenados al mayor servicio de Dios, no hay por qué ocultar á Vuestra Señoría Reverendísima que viene [el duque] con su segundo hijo á entrar en nuestra Compañía» (2).

8. Finalmente, viendo los negocios del duque ó del todo arreglados, ó por lo menos en vías de feliz arreglo, juzgó San Ignacio que ya era tiempo de dar el estampido, renunciando Francisco á sus estados y haciendo pública su profesión religiosa. Para dar este paso, fué Borja á verse con Su Santidad, descubriéndole los votos que tenía hechos, aunque conservando la administración de sus bienes por breve especial de Paulo III, y le pidió su bendición para dejar el mundo por completo y vestir la sotana de la Compañía. Edificóse grandemente Julio III de lo que oyó, y concedió grata licencia para lo que se le pedía. Vuelto á casa el duque, despachó al instante á un caballero de su servidumbre para Alemania, con una carta al emperador, en la que le suplicaba instantemente le permitiese renunciar el estado en su hijo primogénito D. Carlos.

9. Impaciente esperaba el duque la respuesta, cuando de pronto hete aquí una nueva complicación. Como Julio III vió pasar al estado religioso á un personaje tan principal, pensó en vestirle la sagrada púrpura, gratificando de paso al emperador, cuyo privado era Francisco (3). Comunicó el pensamiento con varios cardenales, y to-

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. II, p. 534.

(2) *Ibid.*, t. II, p. 283.

(3) Lo atestigua D. Tomás de Borja (*Process. remiss. Valentiae*, f. 188), Ribadeneira (*Vida de San Francisco de Borja*, l. I, c. XXIII) y todos los biógrafos del santo. Es de advertir que ya cuando el santo salió de Gandía, empezó á susurrarse esto del capelo. Véase lo que escribía el P. Francisco Saboya el 4 de Setiembre de 1550: «Está la gente buena muy admirada de las cosas del Duque; la ruín dice que va á Roma para que le hagan cardenal, ó que le harán General de la Compañía de Jesús.» *Epistolae mixtae*, t. II, p. 451.

dos le aprobaron á porfía. Pronto corrió por toda Roma que el duque de Gandía iba á ser Cardenal. Mucho sintieron Ignacio y Francisco este incidente, y buscando medios para parar el golpe, escogió Borja un arbitrio, que entonces era muy eficaz para evitar este género de peligros. Como para huir las dignidades seculares había ido de España á Roma, así, para esquivar las eclesiásticas, saldría de Roma é iría á esconderse en Guipúzcoa, donde no era conocido. Aprobada la idea por San Ignacio, dispuso Francisco su viaje con el menor ruido posible, y el día 4 de Febrero de 1551, ya entrada la noche, acompañado de D. Juan, su hijo, y de los Padres que había traído á Roma (excepto el P. Oviedo y Hércules Bucceri, que quedaron allí), tomó el camino de España (1). ¡Extraño espectáculo, que quien tres meses antes había entrado en triunfo en la Ciudad Eterna, saliese ahora súbitamente, de noche, como un prófugo á quien persigue la justicia! Y todo esto, ¿para qué? Para evitar la honra de ser cardenal. No entiende el mundo este proceder, pero los siervos de Dios entenderán y aprenderán lo que vale la humildad cristiana.

10. Después de un viaje de dos meses bastante feliz, llegó Francisco á Loyola el 5 de Abril (2), visitó devotísimamente la casa donde nació San Ignacio, y luego fijó su residencia en Oñate. Poco después llegaba de Alemania la ansiada licencia para renunciar el estado. Merece copiarse la carta del Emperador, que es muy discreta. Dice así:

«Ilustre Duque primo: Rui Gómez me dió vuestra carta de 10 de Enero, y por lo que me dijo y en ella escribís, he entendido la determinación que tenéis de entrar en la religión de Jesús, y las causas que á ello os mueven, que son fundadas en zelo de servir á Dios nuestro Señor, porque le debéis dar muchas gracias, como lo hacéis, de que he holgado particularmente por el afición que os tengo. Y ansí os agradezco la cuenta que desto me habéis querido dar y lo demás que cerca dello decís. Que bien cierto soy que en vuestros sacrificios y oraciones haréis lo que decís, lo cual terné y estimaré en lo que es razón. Y cuanto á acabarlo de efectuar, no hay que replicar, sino que lo podréis hacer como y cuando os parecerá que aquello será lo mejor. Y á vuestros hijos y casa terné siempre en

(1) *Epistolae mixtae*, t. II, p. 313. En vez de los dos Padres que quedaron en Roma, vino á España con el duque el P. Miguel de Ochoa, navarro, que había trabajado apostólicamente algunos años en Tivoli y en otras ciudades de Italia. Polanco, *Historia S. J.*, t. II, p. 164.

(2) *Epistolae mixtae*, t. II, p. 542.

memoria de favorecer y hacer merced en lo que hubiere lugar, como lo merece vuestra persona y servicios y los de la Duquesa. Y en lo que toca á las cosas que me suplicáis por el memorial que vino en vuestra letra, tengo por bien que los cuatrocientos mil maravedís de juro por vida que tenéis, podáis gozar y gocéis de ellos por cinco años cumplidos después que hayáis hecho expresa profesión en esa religión, y en esta sustancia mandaré dar el despacho necesario. Y en lo del asiento de la boca para vuestro hermano, y el de dama (1) para vuestra hermana en la casa del serenísimo Príncipe, mi hijo, cuando se trate de cosas desta calidad, se me acordará, y entonces se mirará lo que se podrá hacer. Y la causa del Vizconde de Evol se verá y proveerá lo que sea justicia lo más brevemente que ser pueda. Y en lo que últimamente tratáis cerca de favorecer esta religión en cosas espirituales, como lo pedís y decís que lo ha hecho la Sede Apostólica y los otros príncipes cristianos, tened por cierto, que así por ser cosa en que nuestro Señor será servido, como por vuestro respeto se hará de buena voluntad. Pero si hobiese alguna particularidad, sería necesario mandarlo ver en el Consejo, para que se lleve por la vía ordinaria.—De Augusta, 10 de Marzo de 1551.—Yo el Rey.—Francisco de Eraso» (2).

(1) *Asiento ú oficio de la boca* se llamaba en el Palacio Real á cualquiera de los oficios á cuyo cargo estaba alguna de las cosas pertenecientes á la comida de las Personas Reales.

(2) *Epistolae Principum*, f. 43. En este volumen se conserva el original, cuyo texto reproducimos. En la *Varia Historia*, t. 1, f. 206, hay una copia defectuosa, porque el amanuense se tomó la libertad de suprimir las líneas que se refieren á los oficios de los hermanos del santo. En presencia del texto original vamos á presentar el que escribió el P. Dionisio Vázquez en su *Vida* manuscrita del santo (l. 1, c. xli) y reprodujeron Ribadeneira (*Vida de San Francisco de Borja*, l. 1, c. xxiv) y Cienfuegos (l. III, c. xlii): «Ilustre Duque primo: Con Gaspar Villalón, vuestro criado, recibí vuestra carta, y aunque la determinación que me escribís que tenéis de recogeros para trocar lo del mundo y tierra por lo del cielo es santa, y no puedo dejar de loarla, no se excusa que no la sienta como es razón; mas el sentimiento no estorbará el daros la graciosa licencia que me pedís de renunciar en D. Carlos, vuestro hijo, el estado; que ésta yo huelgo de darla de voluntad, y entiendo que de lo que emprendéis hacer tenéis más envidiosos que imitadores, porque el teneros envidia, costará poco, y el seguiros, mucho. En dejar vos á vuestros hijos me obligáis á que yo mire por ellos, y así lo haré en lo que se ofreciere, porque su madre nos lo mereció y su padre no lo desmerece, ni creo que ellos perderán por su parte lo que sus padres les ganaron. Gué Dios nuestro Señor vuestros consejos, ilustre duque, y encomendadle mucho los nuestros y las cosas de la cristiandad en vuestras oraciones.—De Augusta, 12 de Febrero de 1551.» Comparando este texto con el original, cualquiera advertirá que el P. Dionisio Vázquez hizo con este documento uno de aquellos arreglos literarios que los historiadores clásicos se tomaban la libertad

Ya tocaba Francisco al término de su dicha. Después de dar gracias á Dios por la carta imperial que había recibido, llamó al notario Pedro López Lagarraga y á los necesarios testigos, y el día 11 de Mayo de 1551 (1) con escritura pública renunció todos sus estados, rentas y títulos, en D. Carlos, su hijo primogénito; repartió todas sus ropas y alhajas entre D. Juan, su hijo, y los criados que le acompañaban; cortóse el cabello y la barba, cuyos despojos guardaron por reliquia, no sin lágrimas, sus criados; vistióse una sotana del más grosero buriel, y con esto se mostró al mundo tal cual era en su interior, humilde religioso de la Compañía de Jesús. Despedidos su hijo y el acompañamiento, quedóse en Oñate con algunos de los Nuestros, y para practicar la humildad y pobreza que había profesado, empezó á salir por las calles con su alforjita al hombro, pidiendo limosna como pobre religioso. Lloraban de ternura los piadosos habitantes de Oñate, y á porfía le llenaban con sus dones las alforjas, por tener el consuelo, decían, de dar limosna al duque santo (2). El sacrificio estaba consumado. El duque de Gandía, el valido del emperador, ya era solamente, como él decía después, un hombre que se llamaba Francisco.

de hacer con las arengas de los héroes. Como son tan diferentes los textos y las fechas de los dos documentos, ocurre la idea de si escribiría Carlos V dos veces sobre lo mismo. Pero esta hipótesis es inverosímil. El estilo del documento presentado por el P. Vázquez es demasiado correcto y más propio de literato que de oficial cancilleresco. Además, ¿por qué había de escribir el emperador dos veces á la misma persona sobre el mismo asunto y para decirle lo mismo? La carta, pues, del P. Vázquez es una ficción literaria sobre un fundamento verdadero. Téngase presente esta observación para los otros documentos que insertó Dionisio Vázquez en su *Vida* manuscrita, y copiaron de buena fe Ribadeneira y Cienfuegos.

(1) Pascual Sanz y Forés, *Memorias de Gandía*, p. 131. Aceptación de la villa y ducado de Gandía, por D. Carlos de Borja. Publica el autor este documento, sacándolo del protocolo de Onofre Pérez de Culla, *Archivo ducal*. En este documento consta que la renuncia se hizo por San Francisco de Borja, *instrumento per Dominationem vestram firmato in Oppido sive villa de oñate in posse seu manibus discreti viri, Petri Lopez Lagarraga, regii notarii, undecima die mensis maii et anni 1551*.

Este documento lo llevó á Gandía Gaspar de Villalón. Así lo testifica Luis de Verlegal Mazalizana, testigo ocular, que vivía en Gandía. (*Process. remiss. Valentiae*, f. 659.)

(2) Puede verse la devoción con que daban limosna al santo los guipuzcoanos en la carta del P. Miguel Ochoa. (*Litterae quadr.*, t. 1, p. 490.)